



Una incorrección Administrativa

Bebíamos en silencio nuestro café aquel amanecer de invierno en casa del secretario del juzgado en aquel proceso criminal, homicidio con reincidencia.

El fusilamiento del delincuente debía verificarse en algunos instantes más; el coche del juzgado nos esperaba a la puerta. Sobre la mesa estaba el expediente, y yo leí *in mente* estas palabras escritas sobre la portada con grandes letras negras: "Pascual Ortiz.—HOMICIDIO."

Sabía vagamente el hecho: primer asesinato con ensañamiento, condena a 20 años de presidio; segundo asesinato, en las salas de trabajo de la Penitenciaría, condena a la pena de muerte, que debía cumplirse ese día.

Cierta malsana y juvenil curiosidad profesional de abogados despreocupados como éramos mi amigo y yo entonces, nos había incitado a pedir a nuestro colega Pedro Reyes que nos invitase esa mañana a presenciar el macabro espectáculo.

Y ahí estábamos ahora ante la próxima e inevitable muerte de un ser humano desconocido, hablando futilidades.

Reyes sacó de pronto su reloj, y nos dijo, tomando nerviosamente el voluminoso legajo que había sobre la mesa: "Vamos, ya es hora."

Instalados en el coche, guardábamos silen-

cio, siempre sugestionados, tal vez por la impresión que se reflejaba en el bondadoso semblante de Pedro Reyes, que miraba con fijeza hacia un punto indefinido del horizonte, mordiendo con fuerza los labios.

El coche dejaba atrás los barrios elegantes del centro de la capital, las calles del Dieciocho, Castro, doblaba por Ejército y bordeaba el Oriente del Parque Cousiño. Al contemplar nuestro amigo la libre extensión de los campos del parque envueltos a esa hora matinal en las brumas de ese amanecer nebuloso, su rostro abstraído se contrajo, sus ojos leales y puros parecieron mirar hacia adentro, como atacados de un súbito estrabismo, lanzó un hondo suspiro y exclamó en voz baja, estrangulada:

—Les aseguro, amigos, que yo, que soy el actuario en esta causa,—y estreché con fuerza el expediente,—es la primera vez que me veo por la ley obligado a leer una sentencia a un hombre que va a morir; les declaro que esto es horrible, horrible para mí, que no puedo, no está en mí!...

Inclinó la cabeza y se cubrió la frente con las manos convulsas.

Guardábamos silencio mi amigo y yo ante este dolor.

De pronto, mis miradas se fijaron en la Penitenciaría, cereana ya, y observé con extra-

del secretario; tal vez el temor de que la ejecución se verificara.

El reo nada sabe aún.

—¿Y dónde está?

—En la capilla todavía. No he tenido tiempo sino de despedir a los padres, — termina el grueso caballero de gorra.

Reyes, con el rostro pálido, desencajado de alegría, dice:

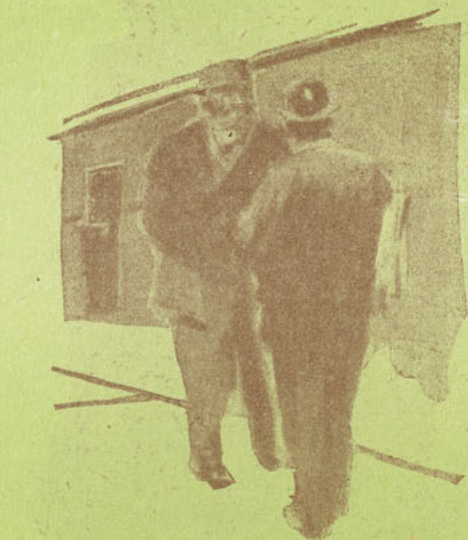
—Vamos, vamos luego, señor director, a darle la noticia.

Y todos nos dirigimos hacia el interior de la Penitenciaría; las pesadas puertas de hierro se abren rápidas para nosotros, movidas por las manos de los carceleros, como en los cuentos de hadas.

Entre tanto, escucho la relación del caballero grueso, que nos refiere rápidamente la breve historia del criminal. Dice:

—Ortiz no ha cometido un primer delito bajo: ruín, repugnante, robo o algo semejante, sino que todo se debió a la rabia de ver a su hermana golpeada por su marido. Le dió a éste cuatro puñaladas y además unos puntapiés al cuerpo ya agonizante. Lo condenaron entonces por homicidio con ensañamiento a 20 años. Aquí se ha portado como un santo: un hombre callado, trabajador, sin vicios, siempre triste, sin una queja contra nadie; todos lo querían, hasta los peores.

Cuando, don Pedro, ¿no le toma cariño el jefe del taller de carpintería?, hombre bueno, pero de carácter muy variable y que tenía la costumbre de franquearse con los reos. De ahí vino todo. Hace pocos días, el jefe, viendo a Ortiz que estaba callado, suspenso ante el banco, tal vez pensando distraído en sus cosas, le da por broma, sin duda, un puntapié, diciendo, con ese tono con que se les habla a los reos: “¿Qué haces ahí, hombre,



ñeza que en el agudo palo de bandera del edificio no había el trapo negro que anuncia una ejecución capital; y, además, que en ese instante volvía hacia nosotros un coche de posta en el que vi a dos frailes dominicanos cuyos hábitos talares blanco y negro divisaba perfectamente a la distancia.

Entonces dije en voz baja, rápida, anhelante, dirigiéndome a Reyes, como si pensara en voz alta:

—No hay bandera negra... Veo a dos padres dominicanos que se van, que regresan en este instante.

Entonces nuestro amigo alzó la cara, hizo un lento movimiento negativo con la cabeza, y exclamó:

—¡Un indulto!... No es posible; tendría que haberseme comunicado a mí primero, que soy el secretario de la causa. Lo contrario, sería una grave incorrección administrativa.

Sin embargo, un resplandor de angustiosa esperanza se reflejaba en su semblante.

Ya llegábamos a la puerta de la prisión: Reyes descendió rápido y se internó en el edificio; un instante después aparecía en la entrada, y agitando en la mano un papel nos gritaba con voz ahogada:

—¡Indultado! ¡Indultado!

Descendimos presurosos, y entonces vimos a nuestro amigo conversando con gran animación con un caballero grueso, entrado en años, de bigote gris, que llevaba una gorra con una inscripción en la visera, y escuchamos este diálogo:

—¿Y cómo no se me ha comunicado a mí primero el indulto?

—Sólo en este instante llega un ordenanza de la Moneda con la nota; tal vez un olvido



que no trabajas?" Entonces, me contaron, se volvió Ortiz, lo miró un rato en silencio, y, levantando un formón que tenía en la mano, se lo hundió hasta el mango en el corazón. Este fué el segundo crimen por el que lo iban a fusilar ahora. ¡Ustedes no saben, caballeros, cuánto me alegro de este indulto! —terminó el jefe de la prisión, dirigiéndose a nosotros.

Ya llegamos ante la modesta capilla donde los reos de muerte esperan la hora de su ejecución. Un pequeño crucifijo entre dos grandes cirios encendidos, sobre un humilde altar improvisado, presidía aquella escena de angustiosa expectativa.

Y en el silencio y la vaga y fría penumbra de la mañana, vimos todos que frente a ese altar pobrísimo, había un hombre arrodillado en un reclinatorio. Estaba de espaldas a nosotros, y vi, vagamente, sus piernas engrilladas, su cabeza caída sobre el pecho, hundido en los anchos hombros. Al rumor de nuestros pasos, alzó la cabeza, y al ver al jefe de la prisión, se puso de pie trabajosamente sosteniendo con las manos el bramante atado a los grillos. ¿Creía tal vez que había llegado su última hora? Lo examinábamos todos curiosamente: era un muchacho de elevada estatura, vigorosamente constituido, de rostro bronceado, al que el reciente insomnio, la angustia y la vida recluida de sédico daban un color terroso. Bajo las fruncidas cejas brillaban unos grandes ojos de color de acero, de frío reflejo; la nariz aguilena, lo rizado del cabello negrísimo y

cierto ceño duro, severo, desdeñoso, dábanle un aspecto de inolvidable belleza varonil.

El jefe de la prisión se acercó al reo y le dijo:

—Ortiz, en este instante llega de la Moneda el indulto para usted. Lo felicito y me congratulo de ello, porque si es verdad que usted ha cometido dos homicidios, por los que está aquí, no son debidos sino a su carácter de fiera de usted, que cualquiera cuestión la quiere arreglar con la violencia. Pienso, en adelante, y recuerde siempre los ratos que usted acaba de pasar, para el porvenir. Es un consejo que le doy.

Al escuchar estas palabras, avanzó Pedro Reyes. Su rostro estaba lívido, y sus labios, que se agitaban, dijeron:

—Amigo, le felicito de todo corazón, porque ha sido indultado; usted no es de aquellos criminales malos que no puede dárselos la mano. Démela.

Y le tendió abierta al reo su derecha, que temblaba.

Ortiz fijó en el secretario la mirada de sus fríos ojos claros; vi que se velaban suavemente; sus párpados se cerraron un instante; una pequeña lágrima corrió por sus mejillas, y al fin desenlazó las cruzadas manos, y tendió la suya terrosa, humilde hacia nosotros, que la estrechamos todos, sintiendo no sé qué extraño calor en el corazón.

Y observé que el jefe de la prisión se pasaba la mano por los ojos.

Salimos.

FEDERICO GANA

LADY MACBETH

En sus designios la ambición la guía;
lo anhela todo y lo consigue todo,
aunque a veces aquello que quería
la salpique, al lograrlo, sangre o lodo.

El mundo es en sus dedos un juguete
que cueve a voluntad esta Astartea
y si alguien se le opona, ella arremete
contra aquel que la estorba, sea quien sea.

De espantosos delirios poseída,
acaba por sentir como una rabia
contra sus pensamientos inhumanos

y se horroriza de su propia vida;
¡con todos los perfumes de la Arabia
no lavará la sangre de sus manos!

DOÑA INES

Ideal en sus místicas alburas,
languidece cual pálida azucena,
sin saber de mundanas aventuras,
en su celda purísima y serena.

Tórtola sin amor, presiente el nido
en los ensueños núbiles que ensarta,
y del devocionario bendecido
brota el amor en turbadora carta.

Vibra la virgen, de emoción rendida,
sintiendo anhelo de vivir la vida
en brazos del incógnito galán...

Un reloj da las horas somnoliento,
y en la quietud nocturna del convento
resuenan las pisadas de Don Juan.

GERMAN GOMEZ DE LA MATA